



## POLITICA BARRIAL Y POLITICA COMUNAL EN “NUEVA FIORITO”

### <sup>1</sup>DURANTE LOS AÑOS 80 Y 90

Jorge Luis Ossona

#### INTRODUCCION

Durante mis primeras vistas y recorridas por “Nueva Fiorito” el año pasado recogí principalmente dos impresiones: en primer lugar, la centralidad del Villa Independencia, una suerte de núcleo en torno del cual giran varios asentamientos poblados durante los últimos veinte años; luego, la resonancia zonal de la figura de Juan Carlos Alonso, presidente de su asociación vecinal. Cuando se interroga a la gente sobre Alonso, se obtienen opiniones contradictorias; pero en todos los casos su figura evoca autoridad: el “presidente del barrio”, el “capo”, el “jefe”, el que “tiene la manija”, o el “principal referente barrial de toda la zona”. Supuse, a partir de una lectura superficial de tales testimonios, que se trataría de un clásico puntero político; pero a lo largo de los meses que siguieron concluí que se trataba de un fenómeno mucho más complejo correlativo, más allá del caso singular, a las formas del ejercicio del poder en esos espacios suburbanos. La indagación sobre los orígenes y la naturaleza del liderazgo de Alonso como exponente y artífice de la política barrial de “Nueva Fiorito”; de sus conflictos y armonías con el Estado y el sistema político constituyen el eje de esta presentación.

Tanto el Villa Independencia como los que giran a su alrededor fueron el producto de ocupaciones compulsivas de tierras comenzadas en las postrimerías del último régimen militar. Allí se incubo una modalidad de política celular cuyas raíces se hunden en las experiencias villeras de los años 60 y 70; pero que encontraron un terreno fértil en el tránsito local al posindustrialismo comenzado hacia fines de los 70. Los cambios sociales y políticos devenidos de la nueva etapa engendraron modalidades de liderazgo de la más diversa índole en torno de las cuales se fueron desarrollando toda una gama de funciones sustitutivas a las de un Estado cada vez más ausente.

El régimen militar presto menos atención en sus tareas represivas a estas regiones sociales –al menos en Villa Fiorito- que aquellas en las que, según su discurso, abrevaba la “subversión”. Paradojalmente, ello le garantizó a estos liderazgos una tolerancia de la que supieron sacar ventajas perfilando relaciones de poder insularizadas que independientemente de su lógica propia; no podían sortear su dependencia respecto del poder político debido a la vulnerabilidad social de sus miembros.

El análisis del período permite incluso detectar una secesión de pactos tácitos entre los dirigentes barriales y el sistema político que oscilaron entre el acuerdo y la confrontación. El propósito de la dirigencia política a partir de 1983 de recomponer el dominio estatal sobre esos escurridizos territorios mediante recursos prebendarios y clientelares; se topo con la firmeza de los liderazgos locales que condicionaron la “ayuda social” a la preservación de su autoridad sobre las redes vecinales construidas a

---

<sup>1</sup> La denominación de los escenarios territoriales en los que transcurren los hechos y procesos descritos en este trabajo es de por sí problemática. En efecto, hasta la ocupación de las tierras en las que habría de fundarse Villa Independencia la trayectoria de Alonso se despliega en el área de la Ciudad de Villa Fiorito denominada “Nueva Fiorito”, una zona poblada desde los años 60; pero los asentamientos radicados en el curso de los años 90 lo hicieron en zonas bajas no habitables a la vera del Riachuelo que no tenían ni tienen denominación precisa.

fuerza de la obtención de recursos en los márgenes de la sociedad y del Estado. Se trató entonces de una lucha no siempre sutil en torno al ejercicio del poder. Cada cambio de coyuntura política y económica –como la transición de un gobierno a otro, o las crisis de 1989 o 2001- exigió su reformulación.

Los dirigentes democráticos que asumieron el gobierno hacia fines de 1983 se enfrentaron entonces en los barrios populares con realidades sociales y políticas desconocidas, frente a las que debieron realizar un trabajoso aprendizaje de administración de bienes escasos, cuyos rendimientos políticos y sociales era menester optimizar. Para ello hubo que modificar recurrentemente los criterios de su implementación para el ejercicio del poder, tanto en procura de la preservación del orden público como del sostén de las nuevas maquinarias electorales..

## LAS POSTRIMERIAS DE LA DICTADURA

### “Los Perdidos”: una banda solidaria

Los antecedentes biográficos de Juan Carlos Alonso ayudan a comprender tanto los caracteres de su liderazgo, como los de los sectores sociales de los que emergió. Hijo de un trabajador “golondrina” de YPF radicado en Comodoro Rivadavia, José Luis quedó huérfano de padre y madre en la adolescencia. Junto con otros jóvenes participó, hacia fines de la década de 1960, en una rebelión contra la empresa por la que se le exigían mejores condiciones de alojamiento para los trabajadores “transitorios”. A tales efectos procedieron a la ocupación de una pequeña extensión de tierras en el kilómetro 5 de Comodoro Rivadavia de modo de instalar allí un asentamiento que al menos atenuara el hacinamiento de los oficiales. Rápidamente reducido, fue enviado a un correccional de menores en donde permaneció internado hasta su mayoría de edad en 1972. Tras su liberación, fue convencido por algunos de sus ex compañeros de cautiverio a trasladarse a la localidad bonaerense de Florencio Varela. Allí, esta vez con el auspicio de un grupo católico, volvió a ensayar una ocupación tomando tierras pertenecientes a la empresa La Serenísima, cuyo exitoso desenlace lo dotó de saberes acerca como radicar, consolidar y empezar a urbanizar un asentamiento villero.

Las vicisitudes políticas de 1973 lo llevaron a instalarse en Villa Saldías en Retiro, en donde se trenzó en una encarnizada lucha en con referentes de la Organización Montoneros. Llegado Héctor Campora a la presidencia, la izquierda peronista lo hizo detener. Luego de varios meses de prisión, y simulando una deficiencia mental, logro que lo trasladen al Hospital Neuropsiquiátrico Borda en donde durante los cuatro años siguientes vivió una alucinante experiencia. En plena Dictadura militar denunció ante un programa periodístico los abusos practicados por médicos y enfermeros del Hospital motivando una convulsión que facilitó su fuga en 1979.

Alonso se refugio en los galpones aledaños a la Estación Constitución. Allí se incorporó al mundo de los “chicos de la calle”, prostitutas, y pequeños delincuentes que surcaban la terminal ferroviaria. En las nuevas circunstancias, se propuso crear una red con varios de sus compañeros de galpón de manera de socializar los recursos que obtenían para sobrevivir. La relación amorosa con una de las chicas, lo llevó a migrar, junto con ocho compañeros, hacia Villa Fiorito, en donde la joven tenía parientes. Instalados en el Barrio La Cava, se topó con un panorama de pobreza y hacinamiento peor que los de Comodoro Rivadavia y Florencio Varela unos años antes. Reproduciendo los criterios cooperativos semidelictuales de Constitución, Alonso y su pareja se abocaron a la organización, junto con el resto de los adolescentes que los

habían acompañado, de una banda a la que jocosa y amenazantemente denominaron “Los Perdidos”. Hacinados en una casilla, estos ocho chicos liderados por Alonso, sobresalían en el barrio por su aspecto marginal que corroboraba las huellas de su pasado de detención, tales como el “corte de correccional” o los tatuajes. La resonancia de la acción del grupo fue rápida. “Los Perdidos” se convirtieron en el polo de atracción de un número creciente de adolescentes con dificultades de relación con sus familias, o lisa y llanamente abandonados, que recurrían a ellos en busca de comida, ropa, y contención afectiva.

La reacción de los vecinos fue ambigua. Vivían del “manguero” y del aporte de los miembros con las retribuciones de sus distintas “changuitas” que no excluían el delito amateur.<sup>2</sup> Alonso intentó entonces articular su nueva experiencia con las anteriores, extendiendo la cooperativa a un grupo de vecinos “amigos”, cuya participación en el botín de los robos los dotó de protección y defensa respecto de los más refractarios a su tolerancia. Afianzado su asentamiento en La Cava, se lanzaron a robos más ambiciosos cuyos interesantes botines, al tiempo de propagar su prestigio como “gente peligrosa”, les habría de permitir extender los repartos a nuevas familias. El éxito de su acción comunitaria y la necesidad de contar con nuevos apoyos vecinales, lo indujeron a proponerse objetivos más ambiciosos como la creación de un comedor comunitario y una Sala de Primeros Auxilios sostenidos mediante un sistema de “aprietes” a comerciantes y empresarios de la zona. También logró ganarse la simpatía del párroco de la capilla local y el de la comunidad de monjas montfortianas instalada en Villa Fiorito desde principios de los 70. Pero aun gobernaba el país el régimen militar y la acción policial no se hizo esperar. Lograron huir de una razzia luego del asalto a una empresa de materiales de construcción y de un almacén mayorista.

Los contactos con vecinos y parientes de la aldea villa San Miguel Arcángel – mucho más pobre que La Cava- les permitió reinstalar allí otra casilla. Con la debida cobertura que les daban ahora varias familias emparentadas con sus beneficiarios anteriores, afinaron la organización delictiva lanzándose a realizar “aprietes” un poco más audaces y exitosos. Los robos lisos y llanos fueron progresivamente sustituidos por un sistema de demandas extorsivas a grandes corralones, empresas garraferas, y pequeños mercaditos a los que se les pedía colaboración; si se las negaban, “mostraban los fierros” y se iban; cuando volvían al día siguiente solían recibir todas las “colaboraciones” que habían solicitado. El barrio San Miguel Arcángel les confirió una protección más sólida que La Cava; no solo debido a sus contactos familiares, sino también a su “eficacia distributiva” de lo que se obtenía. La banda se dotó de una gran respetabilidad, un poco fundada por su utilidad, y otro poco por miedo; pero lo cierto es que la participación en el botín de pequeños quiosqueros y almaceneros, y la protección que efectuaba del barrio respecto de delincuentes procedentes de otros asentamientos, les aseguró reconocimiento.

La acción clandestina de “Los Perdidos” se afianzó hacia 1980 y 1981. Con los materiales “recaudados” varios vecinos -simultáneamente protectores y protegidos- pudieron mejorar sus casas o ampliarlas, y traer a sus parientes de sus provincias de origen. A medida que la situación socioeconómica tendía a agravarse, Alonso ensayó un método que había aprendido en el Florencio Varela de fines de los años 60: asaltar camiones carniceros y desviarlos al barrio para la distribución de su carga entre los vecinos. Ello contribuyó a reforzar su prestigio y a extender la asistencia a nuevos beneficiarios. Alonso y su compañera, acompañados por su círculo íntimo se convirtieron entonces en los principales referentes barriales.

---

<sup>2</sup> Ver Kessler, Gabriel, Sociología del delito amateur. Buenos Aires. Edit. Paidós, 2004., Cap. 1,3,6 y 8.

A medida que el régimen militar se iba desvaneciendo, particularmente tras la Guerra de las Malvinas, pudieron incluso “blanquearse” convirtiéndose a “Los Perdidos” en la Comisión Pro Sala de Primeros Auxilios. Por entonces, la autoridad municipal se lanzó a un plan de distribución gratuita de medicamentos. Alonso y su gente lograron erigirse en los representantes del barrio ante el municipio para la obtención de remedios. En 1982, con el “aporte” de comercios de la zona, montaron incluso un comedor comunitario que logró sobrevivir hasta la apertura democrática de 1983. La red de protección se extendió hacia los propios comerciantes del barrio quienes solían pedir la ante las presiones o robos de bandas procedentes de vecindades aledañas. Los aportes se tornaron menos compulsivos, debido a que para los “contribuyentes” era una forma efectiva de pagar protección frente a la ineficiencia del servicio policial. Dentro del barrio, establecieron rigurosos códigos que establecían castigos ejemplares a “botones” o “entregadores”. El “escudo” barrial que los cubría se retroalimentaba mediante las múltiples tareas que el grupo fue desplegando: el apoyo para la construcción de viviendas, el comedor comunitario, la distribución de remedios, y el proyecto de la sala de primeros auxilios.

Los años de la Dictadura fueron de repliegue para los cuadros de activistas gremiales y barriales. En algunos casos, como el de San Miguel Arcángel, estos habían sido lisa y llanamente diezmados. “Los Perdidos” vino a llenar entonces un enorme vacío de liderazgo comunitario. En otros, los antiguos militantes políticos y sindicales se refugiaron en asociaciones barriales menos expuestas a la vigilancia de las autoridades. Las antiguas militancias partidarias, si bien no habían desaparecido del todo, quedaron reducidas a redes informales de contactos entre sus líderes distritales y los referentes de los núcleos vecinales. A ello debían sumárseles dos ingredientes adicionales: la profundización de la precariedad laboral de un número creciente de vecinos –aunque se trataba de comunidades precarias, desde sus orígenes en los años 60, por su baja calificación o por el carácter reciente de su migración desde provincias interiores o países limítrofes- y el hacinamiento motivado por la afluencia de familias “relocalizadas” por las erradicaciones de villas capitalinas entre 1977 y 1981. Estas últimas habían logrado un lugar en los barrios de Villa Fiorito e Ingeniero Budge merced a la ayuda de parientes o comprovincianos; pero a costa de un agravamiento del déficit espacial, y de conflictos intervecinales que se fueron complicando al compás de la crisis económica. Hemos ahí entonces la irrefrenable tendencia hacia la ocupación de tierras vacías que comenzó por aquellos años, y que habría de eclosionar a partir de 1983.<sup>3</sup>

La Comisión Pro Sala de Primeros Auxilios de San Miguel Arcángel se convirtió así en la versión institucionalizada de la banda de Alonso. El y su compañera, aunados mancomunadamente en el ejercicio de la acción social, definieron un liderazgo paternalista que tendió a configurarse como una verdadera familia. “Cubito” y “Josefa”, también “ex cubiertos asistencialmente”, operaban como intermediarios entre los

---

<sup>3</sup> Durante los años inmediatamente anteriores había comenzado un subrepticio proceso de ocupación de tierras libres en el sector de Vila Fiorito localizado al norte de la antigua línea ferroviaria que opera como espina dorsal de la ciudad. Tal fue el caso del Barrio “1° de Octubre”. Pero a continuación se fundaron varios asentamientos nuevos, particularmente en la traza por donde habría de pasar la prolongación provincial de la Avenida Gral. Paz, un antiguo proyecto postergado por sucesivos gobiernos cuyas obras la administración radical decidió reactivar. Tales fueron los casos de Leopoldo Marechal, Villa Urbana, La Cava, Villa Centenario y parte de San Miguel Arcángel. La incertidumbre acerca del destino de las familias allí radicadas impulsó una ola de movilizaciones que convirtieron a esa zona de Fiorito en un hervidero de protestas sociales. Por aquellos años se poblaron el barrio “1° de Octubre” y aquellos que se instalaron en la “Traza de la Gral. Paz”. Ver Jorge Luis Ossoina, , Tierras, sociedad y clientelismo en Villa Fiorito, 2005.

vecinos y la pareja líder.<sup>4</sup> La red transponía los límites de San Miguel Arcángel merced a los contactos que Alonso había logrado establecer a lo largo de su trayectoria “robinhoodiana”: comerciantes, trabajadores, y “chicos abandonados” encontraban en “Los Perdidos” un refugio seguro frente al hambre o a las persecuciones policiales. Pero el experimento habría de terminar hacia mediados de 1983. José Luis y Rosa engendraron una niña que, poco después de nacer, falleció de bronconeumonía. El consuelo del barrio y de su clan no impidió que José Luis cayera en una profunda depresión que lo volcó a la bebida y a las drogas. La relación con Rosa se tornó insostenible. Un día, ella decidió dejarlo; y él, enfurecido, incendió el rancho en el que se estaba cimentado la sala de primeros auxilios. La chica lo abandono, y él se refugio en una isla en medio del Arroyo Unamuno, asistido por los vecinos de su red. Logro sobrevivir merced al liderazgo sucesor de uno de los miembros de su círculo íntimo: Josefa, quien continuó el proyecto de la Sala de Primeros Auxilios. Pero, el espacio dejado por Alonso fue rápidamente ocupado por un referente peronista, Martín Ponce, de la “Agrupación Peronista Lomense”. Advirtiendo su capital político potencial, Ponce recogió lo que pudo de sus fragmentos; aunque evito, en principio, su politización explícita. A instancias de varios de los jóvenes de “Los Perdidos” creo entonces una nueva asociación barrial bajo la forma jurídica de una fundación. Su propia denominación es evocativa de aquellos a los que Ponce apelaba: “Che Pibe”. No obstante, esta quedo bajo la égida del jefe de “La lomense” “Manolo” Torres. El grupo de Alonso se fue desgranando merced al proselitismo desplegado por Ponce desde la nueva asociación. Cubito y Josefa siguieron frecuentando a José Luis induciéndolo a salir del letargo en medio de la reaparición de las militancias partidarias. Pero la depresión, el alcohol y las drogas lo habían quebrado, al punto de convertirlo en solo una sombra del activo y autoritario dirigente barrial que había sido hasta poco antes. Alonso habría de permanecer ajeno a la política barrial de Villa Fiorito hasta que las pavorosas consecuencias de la inundación de 1985 volvieron a disparar sus reflejos comunitarios.

#### De “chicos de la calle” a “militantes sociales”

Si hay un elemento que sobresale de la experiencia de “Los Perdidos” es su espontaneidad a partir de la doble confluencia de la experiencia de Alonso y de sus seguidores en el Sur y en Florencio Varela; y en la “mala vida” de los galpones de la Estación Constitución. En un tiempo de represión ilegal –aunque ya por entonces atenuada, al menos en sus formas terroristas estatales- y de repliegue de las militancias políticas y sociales, la operatoria de Alonso demuestra hasta que punto en un ámbito celular nuevo se podían emprender acciones efectivas para la supervivencia; suscitando la solidaridad, en principio, de pares –jóvenes marginados procedentes de familias desestructuradas-; pero luego también de familias particularmente afectadas por las transformaciones socioeconómicas comenzadas unos años antes. Su experiencia durante los 60 y los 70 lo había dotado de conocimientos sobre la política villera. En otras palabras, las reglas del juego políticas del régimen militar obligaban a las organizaciones comunitarias –que en muchos casos operaban como refugio de las antiguas militancias políticas- a operar con sumo cuidado pese a ser las únicas habilitadas para interlocutar a las autoridades estatales. Las ventajas del accionar de “Los Perdidos” reside justamente en su clandestinidad delictual pero no “subversiva”; y,

---

<sup>4</sup> Javier Auyero analiza la frecuente configuración cuasi-matrimonial o parental de estos liderazgos, atribuyéndolos a la raigambre del asistencialismo de la cultura política peronista cuya expresión mas inequívoca la encuentra en la Fundación Eva Perón.

por lo tanto, en condiciones de negociar márgenes de acción con sectores duros del Estado, como las fuerzas policiales, a través de su participación en el botín; un sistema que después resultó atractivo hasta para sus propias víctimas. Resulta curiosa la composición etaria de “Los Perdidos”, una prototípica banda de adolescentes marginales que hasta ostentaban con orgullo sus signos identitarios asociados al delito y a la vida en los correccionales de menores. Esta “carta de presentación” en el vecindario del barrio La Cava tuvo resultados asombrosos: la captación de muchos jóvenes desafiados que le fue dando a la banda un volumen que trascendió el limitado número de sus creadores.

Pero además resulta significativa la negociación mediante el artilugio del miedo de un cierto nivel de tolerancia a cambio de hacer participar a los vecinos en el botín. Algunos, portadores de los antiguos valores de la cultura obrera, reaccionaron de manera adversa; pero el arsenal de la banda –conseguido en un “mercado negro” al que no eran ajenas las autoridades policiales–, y sus contactos con las patrullas de la zona los neutralizaron. La resonancia favorable de su rápida reconversión “robinhoodiana” le valió, por su parte, la simpatía de muchas otras familias en situación de gran precariedad económica; evocando un cambio cultural muy profundo en los sectores populares suburbanos cuyos indicios ya eran detectables desde por lo menos hacia dos décadas, pero que tendió a acentuarse hacia fines de los 70.<sup>5</sup>

Por último, también resulta destacable como “Los Perdidos”, bajo el liderazgo de Alonso, fue armando su red a partir de solidaridades heterogéneas y de significados diferentes para sus “beneficiarios”, a saber: la asistencia directa, en el caso de los jóvenes que integraban la banda –una experiencia aprendida en la convivencia comunitaria en los galpones de Constitución–; alimentos, materiales de construcción, y medicamentos, en el de las familias que recibían parte del botín; la protección respecto de otras bandas y la renuncia a robarlos en el de los comerciantes del barrio; las coimas, muchas veces materializadas en bienes que se solían intercambiar por armas en el caso del personal policial; y por último, la “protección” de las víctimas de sus “demandas de colaboración” respecto de bandas análogas. Hasta cierto punto, entonces, “Los Perdidos” habían logrado blanquear su acción marginal; convirtiéndola incluso en “acción social”; y asimilándola a la lógica del entramado de las relaciones intervecinales cuya densidad se fue acentuando al compás de la crisis socioeconómica. Incluso hasta podría pensarse, que en las postrimerías de la Dictadura, “Los Perdidos” constituyó un antecedente importante de una “política barrial” que habría de ingresar, a partir de la democratización de 1983, en una trama mucho más compleja. No obstante, no está demasiado clarificada la relación durante aquella época con los distintos referentes políticos y sociales. Pero es indudable que desde su relativa semiclandestinidad “Los Perdidos” se tallaron un espacio en el ejercicio del poder dentro de la comunidad. La banda se convirtió en un ámbito de encuentro de mucha gente para la resolución de necesidades imperiosas e inmediatas a partir de una fórmula ingeniosa y relativamente original: desde el reparto de bienes robados o “donados”, a la seguridad de comerciantes y vecinos, la promoción de la autoconstrucción de viviendas; y hasta de un centro

---

<sup>5</sup> Denis Merklen plantea que la marginalidad posindustrial generó un tipo de actitud en las villas que denomina la “ética del cazador”; esto es, la obtención de recursos por diversas vías, lícitas o ilícitas, para el sostén de familias debidamente organizadas para distribuirse el “botín”. La contrapone a la “ética del agricultor”, más propia de la mentalidad del antiguo trabajador industrial. Gabriel Kessler, por su parte, plantea en términos parecidos la cuestión aludiendo a una “ética del proveedor” en contraste con la del trabajador. Ver Denis Merklen, *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática argentina, 1983-2003*. Buenos Aires. Ed. Gorla, 2005, Prefacio de Silvia Sigal; y Gabriel Kessler, *Sociología del delito “amateur”*. Buenos Aires. Paidós, 2004. Cap. 2.

sanitario.<sup>6</sup> El perfil político de “Los Perdidos”, en alguna medida, llenaba los espacios vacíos dejados por un Estado que además de amenazante y represivo, restringía sus tradicionales funciones solidarias. En medio de los efectos sociales de la reestructuración económica en marcha, ello sentó las bases de una profunda modificación en los comportamientos colectivos de las familias populares, así como de una conflictividad social sin precedentes.

En resumidas cuentas, la banda fue, en el norte de Villa Fiorito, la expresión de un proceso de grandes mutaciones culturales cuyos aspectos políticos, se harían más visibles a partir de 1983; aunque –como ocurre siempre en la evolución de las sociedades– combinadas con pautas y valores más antiguos. El autoritarismo y la violencia, por caso, de Alonso y de sus adláteros no dejaban de estar potenciados por las condiciones políticas generales de la Dictadura Militar; pero también se ajustaban, como lo prueban sus propias experiencias anteriores, a valores fuertemente arraigados en la cultura política peronista potenciados por las experiencias de los años 70, de las que Alonso fue partícipe y víctima. Su capacidad de acción también se explica por la citada descomposición del Estado. Sus negociaciones con la policía, vecinos y comerciantes produjeron en “Nueva Fiorito” un informal “territorio liberado” en el que la banda mandaba; un fenómeno destinado a perdurar en el tiempo; y que se habría de expresar, a lo largo de los siguientes veinte años a través de fórmulas renovadas por las sucesivas coyunturas políticas y económicas. De ahí que la banda saliera a desempeñar indirectamente esos roles que hasta poco antes detentara el Estado: desde la acción social alimentaria y sanitaria, hasta la seguridad y la justicia. Su resonancia social, por último, también es evocativa de la ausencia de los partidos, de los sindicatos; y de las propias asociaciones comunitarias cuyo activismo estaba severamente recortado por el autoritarismo oficial. El correlato de todo ello fue el éxito de “Los Perdidos” en obtener cosas afuera del barrio; redistribuyéndolas, con arreglo a un criterio jerárquico y autoritario conducido por José Luis y Rosa; e implementado por sus seguidores inmediatos “Cubito” y Josefa.

## DEMOCRACIA Y RETORNO DEL PERONISMO LOMENSE:

### El desembarco de las “agrupaciones”

Si en tiempos de la Dictadura, los militantes políticos y sindicales sobrevivientes habían encontrado eventuales refugios en entidades barriales como clubes sociales y deportivos, sociedades de fomento, uniones vecinales, etc.; la restauración democrática de fines de 1983 los relanzó a la arena política. El predominio terminante del peronismo en Villa Fiorito se vio agrietado tanto por la crisis del movimiento heredada de la experiencia en el gobierno entre 1973 y 1976, como por la asombrosa popularidad ganada por el radicalismo alfonsinista; mucho más, cuando este se impuso en las elecciones de 1983. Muchos militantes peronistas se trasvasaron al alfonsinismo, o se aproximaron a la red de comités que este empezó a implantar en diversos barrios de Fiorito. El clima de tolerancia reinante respondía menos a la remisión del temperamento autoritario de punteros y caciques peronistas que a la acogida positiva del nuevo

---

<sup>6</sup> Las vías para obtener esos recursos, que habrían sido juzgadas inaceptables por los vecinos de los barrios populares tradicionales –resulta difícil marcar el comienzo de esta mutación cultural pero todo conduce a pensar que los primeros indicios debieron registrarse en los asentamientos villeros configurados a partir de los años 60– ahora se admitían con naturalidad. No era tan importante el origen de los bienes que su efectiva llegada a las redes barriales para su redistribución colectiva. Ver Gabriel Kessler, Op. Cit., Cap. 8.

discurso oficial en los barrios que, con toda seguridad, hubiera sido mas intensa de no haber mediado el ajustado triunfo del PJ en Lomas de Zamora, que restauró en la intendencia al ex antiverticalista y ex “calabrista” Eduardo Duhalde.

Los caudillos peronistas barriales, con vastas experiencias militantes acumuladas durante las décadas anteriores, fueron promoviendo, a lo largo de 1983, la instalación de unidades básicas ligadas en agrupaciones. Si bien estas registraban una cierta territorialidad, la competencia entre sus líderes podía llegar a motivar varias superposiciones dentro de un barrio o ciudad.<sup>7</sup> Las pujas entre caudillos –que muchos interpretaron como una continuación de los conflictos de los años 70 y de su monstruoso desenlace- fue una de las razones que arrastraron a miles de electores peronistas a votar por la UCR, o por fuerzas políticas menores como el Partido Intransigente. Pero el intendente Duhalde demostró tener una gran capacidad para conciliar posiciones, potenciada por el “susto” de su ajustada victoria electoral. Las pujas se atenuaron a raíz de la distribución de cargos administrativos municipales entre los distintos jefes locales y sus “punteros” barriales. Ello posibilitó la obtención de recursos para proseguir un intenso proselitismo urgido por la amenaza radical, y la ola de movilizaciones populares en demanda de tierras y viviendas.

Las inundaciones de junio de 1985 obligaron a la evacuación de buena parte de los barrios de Fiorito ubicados por debajo de la cota hidrológica dejando, cuando las aguas se retiraron, una zaga de devastación. Los funcionarios y operadores del gobierno municipal llegaron raudamente a la zona del desastre para asistir a las víctimas; aunque también para reforzar el despliegue de sus aparatos políticos. El Secretario de Acción Social, Jorge Rossi, se instaló en varias oportunidades en el predio de la “Fundación Che Pibe” de San Miguel Arcángel, barrio particularmente afectado por la inundación debido a que la rotura de las compuertas del Río Matanza lo había sumergido completamente bajo las aguas. Rossi, un experto en la cuestión territorial en la que venía participando junto con Duhalde desde su gestión entre 1974 y 1976, instaló la “Casa de Tierras” de Fiorito en Che Pibe. Fue allí desde donde Juan Carlos Alonso relanzó su militancia.

La instauración de la democracia disparó toda una serie de demandas contenidas durante la dictadura entre las que se destacaban, precisamente, la demanda de tierras para la instalación de viviendas. El hacinamiento motivado por las relocalizaciones forzadas de la dictadura en la Ciudad de Buenos Aires convirtió a las localidades lomenses del denominado Cuartel IX –Budge y Fiorito- en una zona de demandas explosivas.<sup>8</sup> Distintas organizaciones barriales se lanzaron entonces a la ocupación de tierras, desbordando, incluso, a una autoridad municipal que había hecho de ello una de

---

<sup>7</sup> La evolución de las “Agrupaciones” fue en Lomas muy compleja. Hacia fines de 1983, se contabilizaban aproximadamente nueve: el “Centro Doctrinario Lomas de Zamora” de Hugo David Toledo que reunía principalmente a profesionales de clase media mucho de los cuales habrían de ocupar cargos públicos; “Patria Soberana” de Osvaldo Mercuri operaba principalmente en la localidad de LLavallol; “Liga de Unidades Básicas” de Carlos Rossi, en Villa Centenario, “Patria Peronista” de Carlos Veliz en San José de Temperley; “Perón Vive” de Enrique “Quique” Gutiérrez, operaba principalmente en el círculo de barrios periféricos a Facundo Quiroga en Villa Albertina; la “Agrupación Peronista Lomense” de Manuel “Manolo” Torres cuyo comando central estaba en Lomas Centro, pero que extendía su influencia en unidades básicas distribuidas en todo el partido, particularmente en Villa Fiorito e Ingeniero Budge; “Evita Eterna” de Máximo Echagüe era fuerte en Villa Fiorito Centro; “Patria y Lealtad” de Juan Bruno Tavano operaba en las barriadas humildes de Santa Marta.

<sup>8</sup> Se calcula que de los 280.000 habitantes de las villas de emergencia de la ciudad de Buenos Aires hacia 1976 fueron erradicadas unos 123.000 que irremediamente debieron trasladarse a distintos municipios del Gran Buenos Aires. Fuente “La Razón” del 22/8/80.

sus causas políticas principales.<sup>9</sup> Desde entonces, y a lo largo del resto de la década de 1980, la cuestión de la “regulación dominial” se habría de convertir nuevamente en el eje de la política municipal de la administración de Eduardo Duhalde y en su principal instrumento de cooptación de las organizaciones barriales. La captura de espacios territoriales en contra de su potencial adversario interno Manuel Torres, le permitió consolidar su dominio político lomense, convirtiéndolo en el trampolín de sus aspiraciones políticas nacionales. No fortuitamente, la resucitada Secretaría de Tierras y Viviendas, se volvió a convertir en la dependencia administrativa privilegiada de las autoridades comunales. Desde allí se implementaron las “Casas de Tierras” con el fin de mediar entre los vecinos y las autoridades a los efectos de lograr una solución pacífica a los problemas suscitados por las ocupaciones compulsivas.<sup>10</sup> Estas se convirtieron en la principal agencia política del gobierno municipal en las barriadas humildes de Lomas de Zamora y en el ámbito de interlocución y sintonía por antonomasia con las asociaciones comunitarias. “Che Pibe”, que había prácticamente absorbido a los fragmentos del “alonsismo”, –su propia denominación es evocativa de la convocatoria privilegiada al elemento que constituía la flor y nata de “Los Perdidos”- se transformo en el principal centro operacional del peronismo duhaldista en “Nueva Fiorito”. La estrategia consistía en capitalizar las protestas –como las que giraban alrededor de la traza de la proyectada prolongación provincial de la Avenida Gral. Paz - reorientándolas en contra del gobierno provincial administrado por los radicales para que este expropiara a sus legítimos dueños delegando al gobierno municipal su redistribución y regulación dominial.<sup>11</sup>

#### El primer ensayo “romerista” de confluencia entre las políticas barrial y comunal: “Renacer Peronista”

Las inundaciones de junio de 1985 sumergieron bajo las aguas a la mayoría de los barrios bajos de “Nueva Fiorito”. El pavoroso panorama de destrucción y desolación que estas arrojaron, volvieron a disparar la militancia vecinal de Alonso. Su retorno le permitió recomponer relaciones con muchos de los vecinos que habían integrado su red,

---

<sup>9</sup> Los casos en los que esas ocupaciones eran el resultado de la acción autónoma de los núcleos vecinales reflejan con mayor nitidez al movimiento de la política barrial. Luego, al mezclarse con la política partidaria, su perceptibilidad se complica y se torna mas difusa; pero aun así, las ocupaciones “concertadas” con los políticos eran mas bien el producto de un pacto; y no de la acción unilateral de los primeros; pacto este que inmediatamente después de consumada la ocupación no tardaba en exhibir fricciones y controversias. Dicho de otro modo, la eventual alianza entre los líderes barriales y los punteros peronistas no significaba la incondicionalidad automática de los primeros respecto de los últimos.

<sup>10</sup> Las “Casas de Tierras” eran agencias municipales dependientes de la Secretaría de Tierras y Viviendas que articulaban su acción con la de las organizaciones comunitarias a los efectos de regularizar la situación dominial de las familias radicadas en los nuevos y antiguos asentamientos; particularmente aquellas que lo habían hecho fuera de los planes de Geodesia. Mas allá de sus funciones formales, las “Casas” se convirtieron en un importante instrumento movilizador de vecinos a los efectos de ocupar nuevas tierras privadas; y auspiciar simultáneamente, mediante la movilización de los vecinos, leyes de expropiación. En Villa Fiorito, la primera se instalo en San Miguel Arcángel en diciembre de 1984.

<sup>11</sup> Desde la Secretaría de Tierras y Viviendas, y a través de su principal instrumento político en el orden barrial, se organizaban marchas semanales a La Plata para demandarle al gobierno de Armendáriz las legislaciones expropiatorias correspondientes a cada asentamiento. Entre 1984 y 1987 se sancionaron las leyes de expropiación de los barrios Las Casuarinas de Temperley; Facundo Quiroga (Villa Albertina); Arroyo del Rey y El Progreso de Lavallol; Malvinas Argentinas, El Chaparral y 3 de Febrero . Los de Villa Albertina, Provincias Unidas, Juan Manuel de Rosas II y Nuevo Fiorito fueron posteriores, durante los gobiernos de Cafiero y de Duhalde.

ahora comandada por la siempre leal Josefa desde la Comisión Pro Sala de primeros Auxilios. Con el auxilio de la Municipalidad Josefa, una ex “chica de la calle” que había pasado buena parte de su infancia en un orfanato, montó una experiencia precursora en los barrios populares: un comedor comunitario para niños de familias carenciadas. Merced al cobro de pequeñas contribuciones a los padres y lo obtenido por rifas pudo seguir recaudando fondos para la construcción del centro sanitario.<sup>12</sup> Trabajosamente, Alonso recompuso lo que pudo de su antiguo grupo de vecinos, y se puso bajo las órdenes de Rossi, que además de ser Secretario de Acción Social Municipal era uno de los jefes de la “Agrupación Peronista Lomense” comandada por Manuel Torres.<sup>13</sup> A los efectos de distinguirse respecto de sus potenciales rivales de Che Pibe, Alonso le asignó a su red de vecinos una denominación formal: “Renacer peronista”.<sup>14</sup> Procurando continuar la acción de “Los Perdidos”, esta sub agrupación barrial incluía obviamente a la Comisión Pro Sala de Primeros Auxilios a cargo de Josefa., el último remanente de la antigua asociación convertida en la sede de una unidad básica.<sup>15</sup>

Desocupado crónico, Alonso obtuvo de la Agrupación de Torres un “sueldo” como empleado de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires. En contrapartida, se le encomendó configurar un “armado” que extendiera la red “torrista” en varios barrios de Fiorito.<sup>16</sup> El sistema funcionaba concéntricamente: la Agrupación le pagaba a Alonso; pero esa suma de dinero debía alcanzar para pagarles a tres punteros subordinados localizados estratégicamente en Fiorito Centro, La Cava y San Miguel Arcángel.<sup>17</sup> Alonso “encuadro” así a su “Renacer peronista” en la “estructura” de la “Agrupación Peronista Lomense” convirtiéndola en una extensa red de resolución de problemas urgentes tales como la alimentación, la provisión de medicamentos, los trámites de documentación, etc. En contrapartida, le daba presencia a la Agrupación lomense en los actos partidarios, y reclutaba adeptos para las elecciones internas.<sup>18</sup>

---

<sup>12</sup> Este término de edificarse recién en vísperas de las elecciones legislativas y provinciales de 1987.

<sup>13</sup> Por entonces, la red de Alonso contaba con unas cien familias; un capital político para nada despreciable para ningún jefe político lomense. Estas cifras, no obstante, se deben tomar con recaudos, habida cuenta de que son el producto de su testimonio y que es muy difícil su comprobación empírica. No obstante, son bastante verosímiles respecto de las lealtades factibles de cosechar en el área de aproximadamente 40 manzanas que cubría su influencia. Cotejando cartográficamente la información resulta bastante verosímil.

<sup>14</sup> “Renacer Peronista” expresó cabalmente las soluciones de compromiso a las que debieron atenerse los grupos comunitarios de base respecto del peronismo lomense: podían preservar cierta identidad - necesaria para no quedar “pegados” a las Agrupaciones- preservando cierta autonomía para exhibir ante los vecinos, en tanto adoptaran denominaciones afines a las tradiciones partidarias del Justicialismo. Una vez más, esos compromisos enturbian por momentos la acción de los dirigentes barriales; sobre todo, cuando son compelidos a convertirse en “punteros”, cosa que muchos, como Alonso, debieron aceptar solo a regañadientes.

<sup>15</sup> Los conflictos entre “Renacer Peronista” y “Che Pibe” estuvieron casi siempre definidos por las acusaciones recíprocas de traición en torno a la figura de Alonso.

<sup>16</sup> En la jerga de la política barrial se denomina “armado” al montaje desde el poder de una red punteril. Sería así una suerte de “microestructura” dependiente de la “estructura” mayor identificada con el Partido-Estado.

<sup>17</sup> Desde la Unidad Básica madre de San Miguel Arcángel se distribuían hacia las subordinadas -que funcionaban en los domicilios de los punteros a cargo- bolsas de alimentos, medicamentos y una precaria asistencia médica suministrada por un médico y una enfermera enviadas periódicamente por el Municipio a la Sala de Primeros Auxilios. Es interesante constatar al respecto la degradación de las funciones del “Estado de Bienestar” mediante la sustitución de “derechos” por “favores” que debían ser retribuidos con fidelidades a distintas “causas” políticas.

<sup>18</sup> Sobre la fisiología de estas redes ver Javier Auyero; La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo. Buenos Aires. Manantial, 2001. Cap. 3.

El sistema funcionó acérrimamente solo durante un año. La puja interna entre el antiguo caudillo sindical “Manolo” Torres y el Intendente Duhalde -devenido en ascendente líder “renovador”- hizo “explotar” a “La Lomense”. Rossi, hasta ese momento aliado con Torres se asoció con “Patria Soberana” de Osvaldo Mercuri, y ambos se subordinaron a Duhalde. Siguiendo órdenes expresas de Torres, Alonso debía reportarse desde entonces ante quien ascendía de la tercera a la segunda línea de su desfalleciente Agrupación, Rubén Navarro. Pero el temperamento autoritario de este último era incompatible con el autonomismo de Alonso que, al año siguiente, se terminó enfrentando a tiros con uno de sus hombres. Malherido, este último debió permanecer internado por más de un mes en el Hospital Finochietto. Alonso debió “desaparecer” refugiándose en sucesivas casas de los miembros de su “Renacer peronista” hasta que las aguas se aquietaran.

Por entonces, la maquinaria duhaldista se había consolidado en Lomas de Zamora como lo confirmara su contundente triunfo en las elecciones municipales de 1987. El peronismo se impuso en casi todo el país, recuperando el control de la estratégica Provincia de Buenos Aires, su antiguo bastión perdido en 1983. Fagocitados sus referentes por el “duhaldismo”, el “torrismo” desapareció. Alonso quedó posicionado de la peor manera: los duhaldistas, no le perdonaban la pertinacia de su compromiso con Torres; los ex torristas -ahora neoduhaldistas- no admitían sus frecuentes “indisciplinas”. Mientras tanto, su red se empezó a desgranar debido a que sus contactos con las dependencias del municipio, donde obtenía recursos, se cortocircuitaron. En esas condiciones debió disculparse ante Navarro para reincorporarse a su “estructura”. Corría 1988, año en el que el por entonces ex intendente y diputado nacional Eduardo Duhalde rompió con la “Renovación” liderada por el Gobernador Antonio Cafiero para consagrarse compañero de fórmula del Gobernador riojano Carlos Saúl Menem. Las pujas en el peronismo lomense se atenuaron transitoriamente durante la “interna” entre Menem y Cafiero de 1988 y las elecciones nacionales de 1989 que le devolvieron el poder al peronismo. Pero ya en 1990, Duhalde comenzó a preparar desde la Vicepresidencia su carrera hacia la gobernación bonaerense. La competencia por mostrarle al Jefe capacidades diferenciales de “movilización” volvió a desatar las luchas internas en Lomas de Zamora.

Prodigiosamente, Alonso preservaba casi intacta su red “Renacer Peronista” en su área de influencia de Villa Fiorito. De hecho, había definido una proto territorialidad que suscitó la disputa de las Agrupaciones distritales.<sup>19</sup> Pero su relación con Navarro seguía siendo forzada. Reapareció entonces en escena el ex Secretario de Acción Social y ahora duhaldista de pura cepa Jorge Rossi, quien le ofreció multiplicar sustancialmente su sueldo en tanto abandonara a Navarro y encuadrara a “Renacer peronista” dentro de su agrupación. En contrapartida de estos jugosos fondos, Rossi le encomendaba la compleja tarea de extender su estructura en Villa Fiorito, aumentando el número de referentes de cuatro a nueve. Ello significaba el riesgo de roces con otros punteros; incluyendo a la ahora poderosa Fundación Che Pibe que al calor del duhaldismo había montado una red que se superponía a la mucho más inorgánica,

---

<sup>19</sup> Su territorio cubría el radio comprendido entre las calles Unamuno, Hornos, Campana y la ribera del Riachuelo, totalizando unas 40 manzanas. Este dato es de todos modos relativo porque se trata de manzanas solo “teóricas” sobre la base de la geodesia municipal. De hecho, el carácter espontáneo de muchas ocupaciones determinó que muchas familias estuvieran ubicadas en zonas reservadas a las calles y que los asentamientos tuvieran una configuración irregular que solo se rectificó con los años; en buena media, a instancias de la gestión de las “Casas de Tierra”. Hoy, el mismo radio, prácticamente ocupado en su totalidad cubre 144 manzanas. Ello permite ver el incremento del capital político de Alonso.

informal y punteril “Renacer”.<sup>20</sup> Finalmente, acepto cambiarse de bando con todos los riesgos que ello suponía. Pero su capacidad negociadora; y la unión mancomunada de las distintas líneas del peronismo lomense en torno al proyecto político de Duhalde lograron limar las aristas.

En los barrios populares de Fiorito se superpusieron territorialidades de diferente naturaleza: las políticas y las vecinales. Las primeras, definidas por las diferentes agrupaciones, podían configurar, en un mismo barrio, varias redes.<sup>21</sup> Existen sin embargo, algunos códigos, como el que prohíbe más de un referente de una misma agrupación por barrio. Cuando se trasgrede esta pauta suelen producirse enfrentamientos violentos. Alonso podía colocar entonces no más de un puntero por barrio. En cuanto a las comunitarias, estas giraban en torno a distintas “entidades intermedias” cuyo compromiso con las agrupaciones políticas era variable; pero en líneas generales, procuraban preservar toda la autonomía posible respecto de “los políticos” para evitar la faccionalización de su “trabajo social” y su disolución. La distinción entre este último, protagonizado por las organizaciones fomentistas; y el “trabajo político” de los “armados” y “estructuras”, constituye una de las cuestiones más conflictivas entre las jurisdiccionalidades barriales.

Con Duhalde instalado en la gobernación desde fines de 1991, los recursos municipales y provinciales se tornaron más abundantes que nunca. Había llegado a la Intendencia su hombre más leal, Juan Bruno Tavano. Las estructuras punteriles se hicieron más atractivas por los jugosos recursos que recibían, generándose una suerte de “gerenciamiento” que se presto a la corrupción y que habría de motivar un distanciamiento creciente entre vecinos y referentes. Estos últimos tendieron a circunscribir el acceso de los bienes obtenidos en la Municipalidad o en la Provincia entre sus parientes o clientelas. “Renacer Peronista” se había hipertrofiado como consecuencia de la extensión del “rossismo” a otros barrios de Villa Fiorito, con lo que a Juan Carlos Alonso se le empezó a tornar cada vez más difícil controlar a sus punteros subordinados, y supervisar la efectivización de las contraprestaciones. Las quejas de los vecinos amenazaban la reputación que se había ganado desde la época de “Los Perdidos”. Los conflictos con sus referentes eran permanentes; al tiempo que Rossi, ahora al frente de la Dirección Provincial de Loterías y Casinos, no escuchaba sus reclamos, debiendo expresárselos a pequeños funcionarios de la burocracia municipal cada vez menos accesibles. El “gerenciamiento” –como se denomina en la jerga de los dirigentes barriales a esta nueva modalidad que adquirió la política- le valió la ruptura respecto de familias y amigos que venían trabajando con él desde los tiempos de la “banda solidaria” durante la Dictadura. En ese contexto, le comunico a Rossi su renuncia al estipendio y su retiro de “Renacer Peronista”. Desde entonces en más, se habría de reorientar hacia el “fomentismo”.

---

<sup>20</sup> La “estructura” de Rossi ofrecía extender la cobertura de servicios tales como el asesoramiento jurídico de los vecinos, además de convertirse en la principal organización intermediaria en materia de asistencia social dado el cargo desempeñado por Rossi en la Municipalidad, que había quedado, tras su ascenso a la provincia, en manos de sus allegados. “Che Pibe”, en cambio, mantenía “puentes de plata” con la Secretaría de Obras y Servicios Públicos y por lo tanto se especializaba más en las tareas de urbanización como el alumbrado, la pavimentación de calles, etc. No obstante, las funciones sociales de ambas redes solían yuxtaponerse generándose frecuentes roces y fricciones, atizadas por considerar Alonso que “Che Pibe” era el producto de un robo por parte de las estructuras del PJ a su propia organización primigenia. Ello es evocativo, asimismo, de carácter fluctuante de las lealtades políticas y asociativas barriales en la nueva etapa.

<sup>21</sup> En San Miguel Arcángel había referentes políticos de “Patria Soberana” de Osvaldo Mercuri; de “Liga de Unidades Básicas” de Carlos Rossi, y de la “Agrupación Peronista Lomense” de “Manolo” Torres.

## El retorno a la militancia barrial como “fomentista” solitario

Los vecinos de San Miguel Arcángel reconocieron su gesto; y José Luis pudo subsistir merced a su solidaridad facilitada por tratarse de un hombre solo, sin familia. Pero sus diez años de trayectoria le habían posibilitado un conocimiento exhaustivo de las diferentes dependencias municipales, de su fisiología funcional, y de que se podía obtener de cada una de ellas. Se convirtió en un “hombre de consulta” de vecinos que se sentían abandonados por punteros cuyo lanzamiento a la política municipal o provincial los condujo a dejar en su lugar a ineficientes personajes menores. El hegemonismo duhaldista en el nivel provincial y municipal motivo el anquilosamiento de su maquinaria política. Los recursos abundantes y los remunerativos cargos públicos en el Municipio, la Provincia, o la Nación facilitaron la reconciliación de bandos y agrupaciones tradicionalmente rivales. El “todos unidos triunfaremos” fue llevado hasta las últimas consecuencias. En los barrios, el protagonismo vacante de los antiguos referentes se trasladó nuevamente a las entidades intermedias. Fue justamente en ese sentido que Alonso reorientó su acción. De “hombre de consulta”, pasó a ser una suerte de “gestor” de cosas para los vecinos no solo de su San Miguel Arcángel sino también de los otros barrios de Fiorito Norte en los que había desplegado su militancia a lo largo de los años 80. Recompuso así una estructura concéntrica de lealtades pero comportándose como un operador independiente del Partido Justicialista. Si una demanda no prosperaba, volvía a reeditar la táctica de los “aprietes”; aunque, por entonces, mucho más refinada que en la época de “Los Perdidos”: les llenaba a los funcionarios el “hall” del palacio municipal de vecinos que no se iban sin antes obtener lo que querían. Ello le valió la antipatía del intendente Tavano, y del propio gobernador y de su esposa abocada a la acción social desde el “Consejo Provincial del Menor y la Familia”.

Por entonces, el menemismo y el duhaldismo gobernantes respectivamente en la Nación y en la Provincia de Buenos Aires se lanzaron, en el marco de la Ley de Reforma del Estado, a profundizar e institucionalizar la descentralización de funciones estatales que, de hecho, se venía desarrollando desde el régimen militar. De ese modo, el Gobierno Nacional fue transfiriendo responsabilidades hacia las administraciones provinciales; y estas, a las municipales. Las políticas asistenciales, por su parte, tendieron a “focalizarse” en torno de cuestiones específicas a través de programas de corto o mediano plazo, financiados por los organismos internacionales de crédito. Los vecinos debían procurar la personería jurídica de sus asociaciones barriales a los efectos de transformarlas en “entidades intermedias” de modo de vehicular su participación en los diferentes planes sociales<sup>22</sup>. En San Miguel Arcángel, Che Pibe tendió a concentrar la ayuda comunitaria, comprometiendo el nuevo papel de Alonso como mediador no institucionalizado. Además, la antipatía que Alonso suscitaba en la “estructura” duhaldista debido a su impugnación de la política de “militantes profesionales” tendió a su aislamiento. Debía afinar su imaginación para preservar su liderazgo y garantizarse un sustento material. La respuesta habría de estar en su propia trayectoria anterior a su radicación en Villa Fiorito.

Los cuatro años que duró su desempeño como puntero político, sin embargo, son evocativos de otro fenómeno relativo a los cambios que significó el ingreso del país en el posindustrialismo: la transformación de los espacios barriales en la principal forma de representación de los sectores populares devenidos de “trabajadores” en “pobres”; y de

---

<sup>22</sup> Ver Magdalena Chiara y María Mercedes Di Virgilio; Gestión social y municipios. De los escritorios del Banco Mundial a los barrios del Gran Buenos Aires. Buenos Aires. Edit. Prometeo, 2006. Cap. V y VI.

las militancias sociales como sucesoras de las sindicales en retroceso.<sup>23</sup> No es fortuito que muchos de los dirigentes de base procedieran de la acción gremial, poniendo su experiencia organizativa al servicio de las asociaciones comunitarias, simultáneamente con el trasvasamiento de muchos popes sindicales a la esfera política. Podría hasta decirse entonces que la territorialidad se extendió en un doble sentido: desde arriba, al compás de la transformación del peronismo en un partido político mas o menos clásico –abandonando su hasta poco antes proclamada tradición “movimientista”–; y desde abajo, merced a la progresiva transmutación barrial de las protestas sociales.<sup>24</sup> Ambos procesos, sin embargo, si bien fueron simultáneos, no siempre confluyeron; registrándose frecuentes cortocircuitos, sobre todo entre los referentes políticos tradicionales y los nuevos tipos de dirigentes barriales surgidos durante los años del despotismo militar. El duhaldismo contó con la ventaja de explotar hasta las ultimas consecuencias sus saberes acumulados desde su paso por el gobierno comunal promediados los 70; promoviendo incluso ocupaciones de tierras a los efectos de absorber esa demanda por entonces primordial de la política barrial; pero aun así no pudo evitar la prosecución de tomas espontáneas. Luego de su consecución, estas requerían de la complicada intervención de las autoridades para mediar en conflictos que no habían planificado, y cuya resolución no estaba –como en el caso de aquellas por ellos promovidas- garantizada de antemano. Pese a ello, el hecho de poder volcar las presiones en contra del gobierno provincial lo colocó en una inmejorable situación estratégica; pero la necesidad de “urbanizar” tomas que en su defecto podían llegar a reproducir el promiscuo espectáculo espacial de las villas miseria clásicas –respecto de las cuales el duhaldismo pretendía tomar distancia y ampliar sus apoyos en las espesas clases medias lomenses- requirió de negociaciones cada vez mas problemáticas con la nueva realidad de la política barrial.

Ya en 1987 cuando Antonio Cafiero accedió a la gobernación bonaerense, el duhaldismo debió modificar en su distrito de origen las presiones sobre la administración provincial; modificando progresivamente el eje de su estrategia y concentrándola en las tareas de urbanización y construcción de viviendas de material. Su acción política entonces se reorientó hacia el “fomentismo”, y se abocó a la transformación de las asociaciones barriales –al menos a las que se predisponían a seguir sintonizando con las autoridades municipales- en “entidades civiles sin fines de lucro”, cosa rápidamente advertida por la perspicacia política de Alonso. De ahí su reorientación “fomentista”, luego de su insatisfactoria experiencia como puntero; aunque sin una estructura territorial propia y precisa debido a que en San Miguel Arcángel ese espacio estaba cubierto por la duhaldista “Che Pibe”. Las “Casas de Tierras” siguieron, no obstante, funcionando; pero abandonaron la sutil promoción de nuevas ocupaciones; concentrándose preferentemente en los asuntos relativos a una regularización dominial. El estallido hiperinflacionario del año siguiente profundizó problemas tales como la desocupación masiva, la desnutrición infantil y el agravamiento de las condiciones sanitarias. Los militantes comunitarios como Alonso debieron ajustarse a las nuevas circunstancias, afirmando sus saberes, y desarrollando otros. El duhaldismo fue tomando debida cuenta de ello. Las “Casas de Tierras”, su “opera prima” para sintonizar el renovado peronismo político con las militancias barriales se fueron vaciando de contenidos.

---

<sup>23</sup> Ver Denis Merklen; Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática argentina; Buenos Aires, Edit. Gorla, 2005. Cap. IV.

<sup>24</sup> La vida política y la participación social tendieron a insularizarse en espacios territoriales más reducidos y cerrados. Ese constituye otro de los aspectos de la territorialización política de base.

## DESCENTRALIZACION Y FOCALIZACION DE LAS POLITICAS ASISTENCIALES:

### El experimento tecnoburocratico de los 90

Hacia fines de 1988, cuando la Municipalidad de Lomas de Zamora y la Dirección de Hidráulica del Ministerio de Obras públicas de la Provincia firmaron un convenio para sanear y ensanchar el Arroyo Unamuno, cundió la alerta en San Miguel Arcángel. Las obras habrían de significar el desplazamiento de aproximadamente cien familias cuyo destino volvía a ser incierto. Alonso no fue ajeno a las discusiones, aunque su papel quedo reducido al de informante del barrio acerca de lo que se proyectaba en los despachos municipales. Pero la crisis económica de 1989 y la transición del gobierno radical al justicialista en el orden nacional postergaron el inicio de las obras.

El agravamiento de la crisis económica lo puso nuevamente al frente de varias peticiones ante las autoridades municipales en demanda de alimentos, ropa y medicamentos. Pero su distanciamiento tanto de unas asociaciones comunitarias por entonces francamente colonizadas por el aparato duhaldista así como del aparato punteril de este ultimo lo marginaron de la logística de los saqueos a supermercados, de los repartos de lo allí obtenido y de las “ollas populares” que en “Nueva Fiorito” se instalaron en las asociaciones “La Bolsita” y “Che Pibe”. No obstante, los años menemistas le habrían de ofrecer una nueva oportunidad para afianzar su protagonismo como líder comunitario.

El acceso a la Presidencia de Carlos Saúl Menem en julio de 1989 habría de marcar un punto de inflexión en la estrategia política del peronismo lomense, ya anticipada desde la llegada de Cafiero a la gobernación dos años antes. En efecto, la ruptura de un decepcionado Eduardo Duhalde con este ultimo en 1988 le valió ser candidato a la vicepresidencia en la formula con el gobernador riojano que venció al bonaerense en las elecciones internas partidarias de ese año; y al candidato radical Eduardo Angeloz en las presidenciales del siguiente. Duhalde empezó a transitar entonces su camino a la gobernación bonaerense. Pero la reforma del Estado de orientación liberal auspiciada por Menem determino la imposibilidad definitiva de prosecución de la política de tierras emprendida en los 70 y perfeccionada en los 80. El menemismo circunscribió las nuevas ocupaciones estrictamente a las tierras pertenecientes al Estado Nacional de manera coherente con su programa de privatizaciones y de reforma estructural de la administración pública. Tal fue el origen del “Programa Arraigo” que si bien tomaba de su aliado duhaldista la política de tierras, las limitaba terminantemente; prohibiendo nuevas ocupaciones de dominios privados. El Programa quedo, significativamente, en manos exclusivas de miembros del círculo intimo del Presidente, marginando a los expertos y experimentados duhaldistas.<sup>25</sup> La estrategia de promoción o capitalización política de las tomas de propiedades privadas, conjugada con presiones sobre los gobiernos provincial y nacional -que había sido la formula de confluencia y sintonía de la política barrial con la municipal- llegaba así a su fin definitivo; aunque resultaba dudoso saber si ello habría de ser suficiente para detener las ocupaciones espontáneas emprendidas por lideres y organizaciones comunitarias.

Pero los interrogantes acerca del comportamiento de las asociaciones celulares barriales iban mucho más lejos: la declinación alfonsinista había producido una fuerte

---

<sup>25</sup> Al frente del Plan Arraigo fueron nombrados los dirigentes menemistas históricos Miguel Ángel Lico y Claudia Bello; que no incluyeron en su directorio a ningún duhaldista. Ello confirma el carácter crucial que tuvo la politica de tierras en la pugna que Menem y Duhalde habrían de protagonizar durante los diez años siguientes.

decepción respecto de las ilusiones democráticas de principios de los 80, solo parcialmente contenidas por la figura carismática y neopopulista de Carlos Saúl Menem. Su giro neoliberal generó un desconcierto solo compensado por la convicción de que la eclosión hiperinflacionaria requería de terapias drásticas y no convencionales. Aun así, los previsible costos de las reformas impulsadas desde el gobierno nacional generaban la posibilidad de un agravamiento de la crisis de representatividad de la clase política; y que recuperando el movimiento barrial los niveles de movilización de las postrimerías de la dictadura; pero de contenidos mucho más explosivos. Las revueltas populares de mediados de 1989, que culminaron con los saqueos de supermercados y la instalación masiva de ollas populares en la mayor parte de los barrios del Gran Buenos Aires confirmaban esas presunciones. Al descontento general, se sumaba el relativo a la corrupción que descendía desde los dirigentes políticos hasta los propios punteros barriales, y del uso discrecional de los recursos destinados a la asistencia social que circunscribieron o del que obtenían solo un provecho personal.

El acceso de Eduardo Duhalde a la gobernación provincial en 1991, y el simultáneo de su hombre de máxima confianza al municipio lomense, Juan Bruno Tavano, significaron la puesta en marcha en el orden local de un ambicioso proyecto que articulaba la descentralización administrativa y la localización de las políticas asistenciales pivotadas por el gobierno nacional, con una reforma radical de la acción del Estado comunal en los espacios barriales, a los efectos de recomponer su dominio político. Denominado “Proyecto Lomas”, esta reforma conjugaba los criterios tecnoburocráticos ensayados por entonces en varios países, con otros corporativos de estirpe más conservadora en el orden local. Ideológicamente, se pretendía conciliar el concepto peronista de “comunidad organizada” de los años 40 y 50, propio de la sociedad corporativa e industrial, con el de las nuevas realidades sociales del posindustrialismo; sustituyendo a la antigua “columna vertebral” sindical por otra representada por las asociaciones intermedias barriales en el orden estrictamente comunal.<sup>26</sup> Este ambicioso experimento -semejante, salvando las distancias, a otros tantas veces ensayados a lo largo de la modernidad - superponía a la antigua burocracia administrativa municipal una suerte de cuerpo de elite conformado desde la flamante Secretaria de Promoción de la Comunidad. Este selecto elenco de funcionarios, debidamente asesorados por una heteróclita gama de “trabajadores sociales”, antropólogos, sociólogos, e historiadores, estaría dedicado a diagnosticar las necesidades básicas insatisfechas; y a establecer para cada una de ellas, terapias específicamente localizadas.

Desde la citada Secretaria de Promoción de la Comunidad fueron creados los denominados “Consejos de Organización de la Comunidad” (COC), cuya jurisdicción habría de estar definida por las asociaciones barriales más antiguas: las sociedades de fomento y las juntas vecinales. El Municipio de Lomas de Zamora fue dividido en cincuenta y cuatro COC, constituidos por dos representantes por cada una de las entidades vecinales con personería jurídica reconocida, y por las células partidarias de los distintos partidos políticos. Confluían allí sociedades de fomento, clubes sociales y deportivos, centros culturales, asociaciones de jubilados y pensionados, y comités y unidades básicas. Cada COC elegía anualmente entre sus

---

<sup>26</sup> Levitzky observa que el carácter descentralizado de la estructura política del peronismo obstaculiza este tipo de proyectos fundados en la creación de organizaciones colectivistas desde arriba como fórmula de superación del clientelismo político. De ahí el fracaso de las distintas fórmulas de descentralizaciones practicadas en el gran Buenos Aires por aquellos años, entre las que se destacaba el “Proyecto Lomas”. Ver Steven Levitsky, *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista 1983-1999*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005.

miembros sus autoridades. Estas recogían las demandas de sus entidades, y las trasmitían a la Secretaria de Promoción de la Comunidad a través de un staff de coordinadores reclutados algunos en la burocracia política municipal; aunque con el tiempo se preveía su reemplazo por dirigentes especializados por una “Escuela de Coordinadores” integrada por profesores de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Los coordinadores habrían de procesar los pedidos convirtiéndolos, con el asesoramiento de los técnicos de la Secretaria, en proyectos que luego serían elevados a las diferentes dependencias municipales para su ejecución. Estos serían financiados por el Banco Mundial y por el Banco Interamericano de Desarrollo; y perseguían la finalidad, elaborada por esas instituciones globales, de extender a los sectores con “necesidades básicas insatisfechas” una ayuda social directa y puntual, orientada a fomentar su propia iniciativa y la consiguiente acumulación de “capital social”. La idea se sustentaba en evitar el mayor número posible de intermediaciones burocráticas, con lo que los recursos se canalizaban desde la Secretaria de Desarrollo Social del Ministerio de Acción Social de la Nación hacia el Consejo Provincial del Menor y la Familia –a cargo de Hilda González de Duhalde, esposa del gobernador-; y desde allí, a la Secretaria de Promoción de la Municipalidad, cuyos coordinadores los harían llegar a los barrios circunscriptos en sus respectivos COC. De esa manera, resultaban fuertemente desplazados del juego redistributivo los dirigentes políticos localizados en las diferentes dependencias municipales o en el Concejo Deliberante, y sus respectivos punteros barriales, excepcionalmente representados en los COC a través de las unidades básicas o las asociaciones intermedias en las que participaban. Temiendo que sus movimientos palaciegos boycotearan al “Proyecto Lomas”, las autoridades municipales ensayaron una estrategia de contención y esterilización de los viejos punteros, induciéndolos a convertirse en líderes comunitarios fomentistas en sus respectivos barrios; y compensando su desplazamiento político con jugosas retribuciones formalizadas a través de fantasmagóricos empleos públicos o “asesorías” en el Concejo Deliberante. Pero aun así, su lealtad al Proyecto no era segura; así como tampoco lo era su predisposición a renunciar a sus aspiraciones políticas reconvirtiéndose en líderes comunitarios. El descontento se reproducía ampliamente en los dirigentes ascendidos de la burocracia municipal, cuya sorda resistencia retroalimentaba a la de los referentes barriales.<sup>27</sup>

El duhaldismo, expresión hegemónica del peronismo lomense agudizó sus tradicionales fracturas. Esta vez, tendieron a sintetizarse alrededor de dos fracciones: los que apoyaban al Proyecto, y los que lo resistían; aunque el autoritarismo burocrático de su implementación determinaba que los rebeldes se expresaran con sordina. El clima político tendió a enrarecerse; al tiempo que se fueron definiendo los escenarios en los que se habría de disputar la pelea: uno de ellos fueron justamente las tierras fiscales nacionales habilitadas para su ocupación por el Plan Arraigo dependiente del Gobierno Nacional. La ejecución de obras públicas planificadas desde la administración nacional,

---

<sup>27</sup> Sabina Frederic observa que en realidad el experimento de descentralización enmascaraba un refuerzo de la centralización en torno de la figura del intendente en detrimento de las instituciones territoriales representativas como el Concejo Deliberante. Según esta autora, es indispensable detenerse en la lectura de la ordenanza que determina las condiciones por las que se reglamenta la “representatividad” de las organizaciones vecinales para advertir que importaba menos garantizar esta última que su “reconocimiento” por parte de las autoridades municipales como interlocutoras. El armado de todo el sistema conjugaba entonces los criterios tecnocráticos posmodernos con el antirrepublicanismo autoritario histórico del peronismo. Ver Sabrina Frederic; Centralización política y reconocimiento: paradojas de la descentralización de la gestión urbana de Buenos Aires. En Marcelo Escobar et al, Federalismo y descentralización en grandes ciudades: Buenos Aires en perspectiva comparada. Buenos Aires. Edit. Prometeo, 2006.

que en el marco de la descentralización habría de ser implementada por las administraciones provincial y municipal, obligo a esta última a reubicar a las familias de los barrios afectados; impulsando simultáneamente su futura urbanización mediante un trazado racional de calles y manzanas. Pero anticipándose al movimiento municipal, o montándose sobre él, los punteros respondiendo a sus jefes localizados en las dependencias municipales o en el Concejo Deliberante –que contaban con información filtrada desde la desplazada Secretaría de Tierras y Viviendas o desde los coordinadores de los COC-, procedieron a trasladar a sus familias a los espacios disponibles en una suerte de competencia con las decisiones tomadas por el propio Ejecutivo comunal. Los conflictos motivaron situaciones muy tensas entre los coordinadores municipales encargados de ejecutar las reubicaciones, y los “hormiga” y “punta de lanza” que respondían directamente a los referentes barriales –a veces los adelantados eran ellos mismos- e indirecta y subrepticamente a los jefes de la burocracia comunal.<sup>28</sup>

El conflicto entre esta última y la nueva tecnoburocracia se hipostasiaba entre los punteros leales al intendente y aquellos que respondían a otros jefes políticos insertos en las dependencias municipales. Pero estos últimos deslindaban oficialmente sus responsabilidades, atribuyendo los movimientos barriales a fenómenos motorizados por el “zurdaje” (sic), o por delincuentes organizados. Las intrigas automáticamente resonaban en el interior de los COC y en los propios asentamientos barriales entre aquellos referentes que se predisponían a encuadrarse respecto del intendente y su Proyecto Lomas, y aquellos que sorda o explícitamente lo resistían. Algunos indicios parecerían hasta indicar que aquellos procedentes de las militancias sociales espontáneas surgidas durante la dictadura –precisamente los más refractarios respecto de su encuadramiento respecto de “estructuras” y “armados” del duhaldismo ochentista- fueron los más proclives a ajustarse a los objetivos de las políticas sociales focalizadas del Proyecto Lomas y a su designio de universalizar la transmutación de todos los referentes políticos barriales en social-comunitarios. Algunos dirigentes barriales, como Alonso, llegaron a pensar que el Proyecto podía llegar a significar incluso la inversión de las relaciones de poder entre militantes políticos y sociales de la década anterior. Ello les habría de permitir vengarse de la prepotencia autoritaria de los punteros que, a lo largo de los 80, les refregaban a los caciques barriales no politizados, o renuentes a hacerlo, sus “contactos” y su capacidad diferencial para obtener recursos en las dependencias públicas.

### Ocupación territorial de Campo Sastre y fundación del Villa Independencia

San Miguel Arcángel era, hacia principios de los años 90, un asentamiento demográficamente saturado. Siguiendo una tradición de los inmigrantes procedentes de las provincias o de países limítrofes, los vecinos tendieron a ubicar a sus hijos recién casados o a sus parientes del Interior dentro de su predio. El consiguiente hacinamiento motivo frecuentes conflictos entre vecinos; sobre todo cuando los terrenos no estaban debidamente delimitados. Estas peleas involucran a decenas de personas debido a que los enfrentamientos no son individuales sino entre facciones cuyos miembros están asociados por razones de parentesco, nacionalidad, u origen provincial. En más de una oportunidad, Alonso debió arbitrar sus oficios de mediador; pero su escaso respaldo institucional dificultaba la tarea. La poderosa estructura de Che Pibe, comprometida incondicionalmente con el duhaldismo a través de Jorge Rossi, hacía impensable la

---

<sup>28</sup> Se denominan así en la jerga política barrial a los que adelantándose al movimiento tantean la ocupación radicando allí las primeras casillas, “santo y seña” de la instalación de otras antes del éxodo masivo.

creación de una asociación vecinal paralela. Si pretendía liderar una entidad intermedia no tenía otra alternativa que procurar la fundación de un nuevo barrio, ocupación territorial mediante. Para ello, contaba con su valiosa experiencia de Florencio Varela durante los años 70.

Hacia fines de 1991, el intendente Tavano resolvió relocalizar a unas cien familias de San Miguel Arcángel ubicadas en la ribera del Arroyo Unamuno a raíz del comienzo de las obras hidráulicas para poner fin al problema de las inundaciones. Allí habría de ubicarse el pileton en donde se habría de concentrar el agua antes de su desagote en el Riachuelo. Una vez instaladas en el predio denominado Campo Sastre, el gobierno municipal lo alambró para evitar nuevos traslados. Pero Alonso movilizó a una parte de su red vecinal; induciendo a otras ciento cuarenta familias a radicarse en las manzanas de Campo Sastre aun disponibles. Esa misma noche apostó a varios “punta de lanza” cuyos ranchos fueron el “santo y seña” para el traslado de los demás vecinos. Rodeados por las fuerzas policiales enviadas por la intendencia, convocó a una asamblea barrial que lo eligió delegado y decidió cortar los alambrados al clamor de “¡Villa Independencia!”. Tal fue el origen de la denominación que recibió el nuevo asentamiento. Durante ese fin de semana sus contactos políticos pusieron a las autoridades municipales ante un hecho consumado.<sup>29</sup> Pero consagrada la ocupación, y dada la tradicional ojeriza que le guardaban las distintas fracciones duhaldistas, su cintura política lo condujo a encuadrarse con la tecnoburocracia tavanista que amenazaba con detenerlo y procesarlo judicialmente.

La densidad de su red social fue indudablemente la prenda de las negociaciones: Alonso la ponía a disposición del neoduhaldismo tavanista a cambio de la consagración de la ocupación. Sellado el acuerdo, Alonso denunció que en el seno de la propia conducción del COC N° 1, en cuya jurisdicción se localizaba Villa Independencia, había “quintacolumnistas” adversos al Proyecto Lomas. Tal era el caso de su titular, Jose Benitez procedente de la Sociedad de Fomento de Villa Fiorito. No está demasiado claro si respondiendo a directivas de la Secretaria de Promoción de la Comunidad; del propio intendente; o bien en sintonía con ellos, Alonso se lanzó a una ofensiva más audaz: luego de crear la entidad intermedia que habría de representar su base operacional –ahora sí, de contornos territoriales precisos-, el Centro Cultural Villa Independencia –cuya personería jurídica fue aprobada con llamativa celeridad- procedió a tomar por asalto la conducción del COC N° 1. En una verdadera “operación comando”; desplazó a Benitez, y se erigió el mismo como nuevo presidente. El aval y consagración de este procedimiento flagrantemente ilegal por la Secretaria de Promoción de la Comunidad resulta elocuente respecto de las fragilidades del duhaldismo tavanista en el tembladeral de pujas y resistencias suscitadas por el lanzamiento del Proyecto. Pero también, la mayor predisposición a avalarlo por el sector de dirigentes de base seducidos por su carácter adverso a las militancias políticas clásicas, juzgadas como corruptas y clientelares. Una vez más, y luego de varios años de aislamiento, Alonso lograba tallarse un lugar en los cada vez más restringidos márgenes que el aparato duhaldista les reservaba a las militancias sociales. Pero las luchas en el interior de los COC, así como en el resto de la estructura burocrática municipal, lejos de atenuarse adquirieron un tono cada vez más explícito, al compás de la puja entre el duhaldismo y el menemismo durante la segunda mitad de los 90.

El “filo-tavanismo” de Alonso estuvo, de todos modos, lejos de ser incondicional. A lo largo de los últimos años de la década del 90 utilizó su liderazgo barrial en Villa Independencia y suprabarrial al frente del COC N° 1 para impulsar o avalar nuevas

---

<sup>29</sup> Jorge Luis Ossona; Tierras, sociedad y clientelismo en Villa Fiorito: el caso de Villa Independencia. Buenos Aires, mayo de 2005.

ocupaciones territoriales en los espacios reservados por el Programa Arraigo. Puso a disposición de los noveles líderes de otros barrios su recuperada logística en aquello que había definido los orígenes de su temprana vocación como líder social; y que paradójicamente desplegó tardíamente en el curso de la democratización abierta en 1983. Muchas de las tierras aun disponibles habían sido otorgadas por el municipio con el aval del gobierno nacional a diversas organizaciones laicas o religiosas. Las nuevas ocupaciones siguieron oscilando entre las acciones más o menos espontáneas de vecinos aislados y las organizadas desde diferentes referentes barriales políticos o comunitarios. No obstante, estas fueron desarrollando un cariz cada vez mas violento que no excluyó persecuciones y el encarcelamiento de sus cabecillas. También fue en el contexto de esas fisuras que algunos movimientos políticos de izquierda lograron abrirse algunos espacios territoriales desde sus bases operativas restringidas pero estratégicas del Conurbano Bonaerense. Pero el cerco que le impusieron tanto el aparato duhaldista como el de las asociaciones comunitarias barriales determinaron que, al menos en Villa Fiorito, tuvieran resonancias marginales.<sup>30</sup> En todos los casos, Alonso supo utilizar muy bien el carácter protagónico que le confería su liderazgo en el COC N° 1 convirtiendo al Villa Independencia y a su Centro Cultural en el eje de una red satelital ya no solo de núcleos familiares sino también de organizaciones de asentamientos mas recientes Ello lo fue distanciando precisamente del duhaldismo tavanista y de su superestructura tecnoburocratica.

Desde entonces, y a lo largo de los años subsiguientes, la estrategia de Alonso como líder fomentista se orientó en tres direcciones: la urbanización de su barrio, la creación de una red de entidades intermedias con sede en su asociación vecinal; y el apoyo logístico de nuevas ocupaciones a cambio del reconocimiento de su liderazgo interbarrial. Apadrino así la creación de asentamientos como 2 de Junio, La Franja y Evita cuyas ocupaciones tuvieron ribetes mucho más traumáticos que los de su propio Villa Independencia. Asimismo, configuro una vasta red de organizaciones barriales como los Centros Culturales 17 de octubre, la Cooperativa Leopoldo Marechal, el Club Social y Deportivo “El Cielo”, la Sociedad “la Bolsita”, e incluso con sus tradicionales rivales de San Miguel Arcángel “Che Pibe”.

Al frente de su Villa Independencia, en lo que resto de la década de 1990, debió afrontar tres desafíos correlativos a la implementación de los planes de las nuevas políticas focalizadas: la regularización dominial de las tierras, las obras de urbanización, y la reconversión de viviendas precarias a otras de material. En cada uno de ellos las políticas localizadas y descentralizadas se cruzaban con las pujas entre menemistas y duhaldistas; y el intento por parte de la burocracia estatal de recortar su autonomía y su capacidad de gestión. Para preservar el dominio político sobre ese territorio, el directorio del Programa Arraigo procuro su venta al Centro Cultural “en macizo”; esto es colectivamente, y no de forma individual. Alonso se opuso por la precariedad dominial que significaba para los vecinos: la venta debía hacerse de forma individual, de acuerdo a un conveniente plan de pagos. Con el apoyo de la Municipalidad y del Gobierno Provincial, logro imponer su cometido removilizando a los vecinos para que fueran censados por el Centro Cultural y no por las autoridades del Programa. Su éxito, lo habilito a negociar los plazos y los términos de la venta de los terrenos; al punto que a solo seis años de la ocupación, el 80 % de las familias ya los habían terminado de pagar. Pero, en contrapartida, solo obtuvieron un boleto de compra-venta libre de deudas garantizado por el Estado nacional debido a que los terrenos están por debajo de la cota mínima para la aprobación de poblamientos permanentes. La jurisdicción

---

<sup>30</sup> Maristela Svampa y Sebastián Ferreyra; Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteros. Buenos Aires, Editorial Biblos, 2003

responsable de las obras de infraestructura necesarias para regularizar la situación de Campo Sastre es la Municipalidad que esta lejos de haberlas concluido hasta el día de hoy.

A continuación, “Arraigo” pretendió capitalizar un programa localizado para la construcción de viviendas de material; pero el Gobierno Provincial se le anticipó ofreciendo al Centro Cultural otro plan, el “Barrios Bonaerenses”; que, en principio, le otorgaba a la entidad intermedia una participación mayor en su gestión. Así se expresó la pugna entre el menemismo y el duhaldismo en este ámbito celular. Siguiendo sus tácticas habituales, el duhaldismo le ofreció a Alonso como prenda de negociación, un jugoso estipendio, incorporándolo a la planta estable del Consejo del Menor y la Familia. El Centro Cultural habría de organizar las cuadrillas, imponiendo condiciones tales como que la mano de obra y los capataces se reclutaran entre los vecinos beneficiarios; e impidiendo la afluencia de gente de otros barrios, particularmente de extranjeros. En la primera etapa –que finalmente habría de ser la única- fueron seleccionadas treinta familias; esto es, una porción minoritaria de las doscientas cincuenta, de acuerdo a criterios que mucho tenían que ver con la estructura del círculo íntimo de familias vinculadas directas o indirectamente a Alonso. Ello ha dejado en Villa Independencia su impronta urbanística: las viviendas terminadas giran satelitalmente en torno a la manzana en donde esta ubicada la sede del Centro Cultural y son, en su gran mayoría propiedad de miembros de su Consejo Directivo. Un poco por iniciativa de Alonso, aunque en sintonía con la línea política procedente del Consejo del Menor y la Familia del que dependía el plan, se nombro como capataces a “jefas de hogar” supeditadas a los directores de obra nombrados por la Municipalidad. Pero fue allí en donde Alonso advirtió nuevamente las presiones del aparato duhaldista reciclado: el férreo autoritarismo de los directores de obra municipales termino desplazando a las capataces locales por otras cuyo nombramiento digitaban; y que por las mas diversas vías, presionaban a los beneficiarios amenazándolos con “quitarles el plan para dárselo a otros”.<sup>31</sup>

#### Muerte y resurrección de un liderazgo vecinal , y de la fórmula de interacción entre el sistema político y la política barrial

El Centro Cultural fue progresivamente arrojado a un papel marginal en la gestión del Programa; con lo que la maquinaria duhaldista, que casi siempre le había sido adversa, terminó, de hecho, desplazándolo. La iniciativa comunitaria quedo entonces menos en manos de su círculo íntimo del Centro Cultural que en la de la multicolor gama de burócratas municipales que incluían capataces, jefes de obra, asistentes sociales, arquitectos, sociólogos, etc.; todos dependientes de la Secretaria de Promoción de la Comunidad. Los conflictos entre su red vecinal y el autoritario “despotismo ilustrado” de los funcionarios menguo su capacidad de mediación, poniendo en jaque su autoridad y su prestigio desde arriba y desde abajo. Pero los desesperados requerimientos movilizados del duhaldismo en las campañas electorales de 1997 y 1999 condujeron a una instrumentación electoral de los Consejos en abierta contradicción con sus objetivos fundacionales. El COC N° 1 –como prácticamente todos los demás- finalmente fueron copados por los punteros de las diferentes agrupaciones de unidades básicas; con lo que su ambiciosa ingeniería social orientada a relegitimar a los dirigentes políticos terminó fracasando. Ello, sin embargo, no fue suficiente para ganarle a la oposición aliancista en ninguna de las dos elecciones. Por último, Alonso

---

<sup>31</sup> Ver Jorge Luis Ossona; Op.Cit.

debió tolerar una nueva oleada de “punteros”; y la elección de varias “manzanas” encargadas de la administración del Plan Vida de manera independiente respecto del Centro Cultural.

El fracaso de Juan Bruno Tavano –quien falleciera unos meses más tarde- en ser reelecto por tercera vez, y el acceso a la intendencia de Edgardo Di Dio motivaron el vaciamiento y abandono operativo de los COC; al punto que ni siquiera fue necesaria su disolución. El desenlace del Proyecto Lomas fue proporcional a las ambiciosas metas en las que se sustentaba. No obstante, durante los tres años siguientes sobrevendría en Lomas de Zamora el caos político motivado tanto por las insuficiencias de la gestión de Di Dio como por el boicot sistemático de los resentidos jefes territoriales justicialistas; mucho más, cuando el nuevo intendente procuró también tallarse bases operacionales propias, impulsando la ocupación de tierras fiscales en la zona de Villa Albertina. Di Dio terminó renunciando en medio del colapso de su administración hacia comienzos de 2002. El peronismo retomó el poder municipal pero su extremada fragmentación lo condujo a cambiar el jefe comunal cuatro veces hasta llegar a las elecciones de 2003 en las que fue electo intendente Jorge Rossi, otro de los dirigentes más incondicionales del círculo íntimo de Eduardo Duhalde. En el ínterin, las relaciones entre el movimiento comunitario barrial y el sistema político quedaron circunscriptas a relaciones de hecho, cruzadas por conflictos y enfrentamientos recurrentes que, en parte, no reflejaban sino las tensiones que se fueron acumulando en los sectores populares de villas y asentamientos.

La parálisis del programa de construcción de viviendas desde mediados de 2001 dependiente del Plan Barrios Bonaerenses enfrentaron a Alonso con la UOCRA y con vecinos simpatizantes de las organizaciones piqueteras y de los grupos de izquierda que intentaban incursionar y en el área de Campo Sastre. No obstante, Alonso y su marchitado círculo íntimo preservaron su “poder de fuego” como para repelerlos o permitirles una acción terminantemente limitada al reparto de alimentos e incluso a la instalación de un breve comedor comunitario a cargo de la organización Barrios de Pie. La complicación de la situación económica, y la recreación en Villa Independencia y sus barrios satélites de situaciones sociales extremas, convirtieron a esas concesiones en inevitables; y, hasta ciertos puntos convenientes, en tanto su acción fuera debidamente controlada por el Centro Cultural. El “alonsismo” exhibió su debilidad exacerbando un autoritarismo amenazante que condujo a su núcleo a organizar verdaderas patrullas informales para afianzar un control territorial que podía llegar a escapársele de las manos. Fueron así expulsados “vecinos indeseables” por su vinculación con la delincuencia o el tráfico de drogas; “extranjeros” –principalmente paraguayos-; y severamente vigilados los “zurdos” cercanos a las organizaciones piqueteras. Así y todo, las familias que aun permanecían leales a un “alonsismo” que, por entonces, la mayoría juzgaba en extinción, lo hacían menos por convicción que por miedo.

Instalado Duhalde como Presidente Provisional tras los hechos de diciembre de 2001, volvió a enfrentarse con su aparato; esta vez, mediante un altercado en torno a la prosecución del plan de viviendas con la propia Primera Dama, quien ordenó que se le quitara el contrato como empleado del Consejo del Menor y la Familia.<sup>32</sup> Su salud colapsó, y por varios meses volvió a depender nuevamente de la solidaridad de su núcleo de lugartenientes vecinales. Nunca su liderazgo estuvo tan expuesto al escarnio

---

<sup>32</sup> En una reunión plenaria de dirigentes comunitarios barriales con la Primera Dama, y al asociar esta última el comienzo de las obras, Alonso exclamó: “Por fin..., alguien que se lleve la plata devuelve por lo menos algo...” Fue razón suficiente como para que, fuera de sí, la Sra. de Duhalde lo expulsara; retirándole, inmediatamente, su cargo en el Consejo del Menor y la Familia.

de sus enemigos. Pero la extremada fragilidad de su poder barrial espejaba, como diez años antes, la descomposición de la fórmula de articulación entre el sistema político y los poderes barriales que había vertebrado el duhaldismo durante los años 90 conforme a los criterios tecnoburocráticos por entonces en boga.

Pero su perspicacia política y la buena fortuna habrían de permitirle resucitar, como el “ave Fénix”, de sus propias cenizas a partir del acceso al poder del kirchnerismo. Antes de su pelea con Chiche Duhalde, había logrado la instalación en el Centro Cultural de una carpintería cuya producción debía abastecer al Plan Vida de catres que este le obsequia a mujeres parturientas. Desde este emprendimiento, ocho de las diez personas de su círculo íntimo accedieron a planes “Jefas y jefes de Hogar” del que subsisten hasta el día de hoy. También logró que se habilitara en la sede un dispensario infantil y un programa de alfabetización para adultos implementado por docentes que la Dirección General de Escuelas envía tres veces por semana. En medio de la crisis, ello reforzaba lo que se podía del papel para-estatal que desde fines de los 70 había sido el común denominador de las sucesivas expresiones del “alonsismo”.

Desde 2003, logro ampararse bajo la égida de un concejal; significativamente, el primer duhaldista que habría de pasarse a las filas del naciente kirchnerismo mediante la ruptura del bloque justicialista en el Concejo Deliberante lomense. Trato desde entonces de salvar lo que se pudiera de su red de entidades intermedias, incorporándolas a la proyectada maquinaria del nuevo oficialismo kirchnerista con el aval del gobierno provincial. Alonso terminó refugiándose en su despacho; desde donde pudo revalidar parcialmente su autoridad, tanto respecto de los vecinos de su barrio como de los referentes de la red de nuevos asentamientos periféricos a Villa Independencia que había trabajosamente construido durante los años anteriores. El sistema de interlocución entre el poder político y el barrial fue así rediseñándose; curiosamente a instancias de fórmulas institucionales esbozadas por el menemismo, pero que este apenas utilizó dado su pacto tácito de jurisdicciones con el duhaldismo en la Provincia de Buenos Aires. Su posterior evolución, durante los últimos años, excede los límites temporales de este trabajo.

## REFLEXIONES FINALES

Como en todos los espacios sociales, también en los barrios se incuban relaciones de poder informales que configuran una política celular. De hecho, esta larga recorrida en torno a la trayectoria de Juan Carlos Alonso no es sino la expresión de ello en las barriadas populares “Nueva Fiorito” durante los últimos veinte años. El interrogante reside en indagar como se articulan en torno de ésta, procesos históricos como el curso del ingreso del país en la era posindustrial, el empobrecimiento masivo de amplias franjas de los sectores populares suburbanos; y la instauración de un régimen democrático cuya solidez, pese a todo, no tiene precedentes en la historia argentina. Los asentamientos, esa zona intermedia entre las tradicionales villas y barrios populares procedentes de las ocupaciones compulsivas que explotaron tras el derrumbe del régimen militar fueron testigos, en “Nueva Fiorito”, de un sistema de relaciones nuevo entre la sociedad, el Estado y la política con un final abierto. “Los Perdidos”, “Renacer Peronista”, y la asociación vecinal del Villa Independencia se ajustan a políticas sociales implementadas por ensayo y error, cuyas claves principales parecerían ser las “Casas de Tierras”, los COC y las políticas de urbanización.

En Fiorito Norte, el peronismo local encarnado por el duhaldismo arbitro, como lo hicieron sus equivalentes del resto del Gran Buenos Aires y del país, fórmulas asistencialistas que no le eran desconocidas a su tradición; pero cuya novedad residía en

su masividad e independencia respecto de los criterios de distribución corporativos históricas del peronismo. En las barriadas periféricas de Lomas de Zamora como “Nueva Fiorito”, el insumo que definió el éxito del primer sistema de relaciones con la política barrial fue la ocupación y el reparto de tierras vacías, privadas y públicas; respondiendo así a una inequívoca necesidad social, pero permitiéndole, asimismo, la obtención de apoyos en un contexto político como el de los años 80, definido por el bipartidismo. De ahí la crucial importancia de las “Casas de Tierras” en el cruce entre el sistema político, la burocracia estatal y los poderes barriales.

Ese insumo se agotó progresivamente a medida que el peronismo fue consolidando su victoria sobre su oponente radical; recuperando el dominio de nuevas jurisdicciones. La administración comunal no pudo detener, sin embargo, la inercia de las ocupaciones territoriales impulsadas por sectores de la política barrial renuentes a renunciar a sus beneficios, en los recortados márgenes que esta le ofrecía., y que desde entonces pretendía capitalizar unilateralmente. La política de tierras le había permitido al duhaldismo derrotar a sus rivales internos dentro del justicialismo lomense, ponerle una valla al ascendente radicalismo de principios de los 80, y consolidar su poder territorial como trampolín a las esferas provincial y nacional. Tenía además la ventaja de ser un recurso del que se podía obtener grandes rendimientos sin demasiados costos por tratarse de tierras bajas -fueran estas privadas o públicas- y semiabandonadas; cuya capitalización política el duhaldismo ya había comenzado a ensayar, precursoramente, en los 70. Las organizaciones comunitarias encontraron, a su vez, en ella una posibilidad de vertebrar una demanda primordial con la principal oferta del nuevo sistema democrático en el orden local; articulación que no estuvo exenta de sucesivas y variadas resistencias a los propósitos cooptativos de los aparatos políticos. La insuficiencia de estos últimos, sin embargo, les permitió tangibles niveles de autonomía, cuyo grado estuvo definido por las sucesivas coyunturas políticas y económicas. No obstante, el “alonsismo”, una de las expresiones centrales de la política barrial de “Nueva Fiorito”, debió ajustarse a estas últimas mutando sucesivamente su estructura organizacional: la primigenia banda semiclandestina devino así en una “subagrupación” del PJ.

Pero los años 90 significaron una redefinición de las relaciones entre ambas políticas luego del estallido hiperinflacionario de 1989; y el acceso al gobierno nacional de un peronismo que se proponía profundizar reformas económicas de un signo ideológico contrario a las tradiciones de su Movimiento. Mientras el jefe del peronismo lomense escalaba posiciones en el ámbito provincial y nacional, la fracción de este que quedó al frente de su distrito primigenio impulsó un proyecto tecnoburocrático acorde con la descentralización administrativa prescripta por la reforma del Estado, y con la nueva modalidad de políticas asistenciales “focalizadas” financiadas por los organismos multilaterales de crédito. El denominado “Proyecto Lomas” reestructuraba radicalmente las relaciones entre el estado, el sistema político y la sociedad; al tiempo que subordinaba definitivamente la prosecución del poblamiento de tierras vacías a las tareas de urbanización de los nuevos espacios ocupados durante la década anterior. El “alonsismo” debió nuevamente mutar, abriéndose paso en los márgenes de lo que quedaba de la política territorial, desafiando al “neoduhaldismo tavanista” y negociando simultáneamente con él apoyos para la consagración de su proyecto dentro del Estado municipal, del PJ; y en el seno de su propia estructura institucional: los “Consejos de Organización de la Comunidad”. Ello le permitió finalmente dotarse de su apetecida plataforma territorial propia, tanto para interlocutar en mejores condiciones con la política municipal, provincial y nacional; así como para extender su influencia en los barrios periféricos que se fueron configurando en las tierras fiscales de Campo Sastre.

Pero el nuevo contrato no habría de durar por mucho tiempo: estaba demasiado condicionado por los recelos recíprocos con el duhaldismo y por sus desesperados intentos de garantizarse electorados cautivos en su pugna con el menemismo y con la nueva oposición “aliancista” mediante estructuras más confiables. Jugado a favor del duhaldismo en la puja de este último con el menemismo hacia la segunda mitad de la década, el aparato bonaerense le ofreció co-gestionar la urbanización de su Villa Independencia. Pero inmediatamente después procuró su disciplinamiento, intentando quitarle hasta el último vestigio de autonomía; y sometiéndolo terminantemente a su maquinaria.

Pero la derrota electoral de Duhalde en las elecciones presidenciales de 1999 y la crisis económica y social que se fue intensificando a lo largo de los años siguientes le habrían de ofrecer a Alonso- un experto en hallar ventajas en la adversidad- una nueva oportunidad de supervivencia y hasta de recomposición de su alicaída autoridad. Acosado por la crisis económica y por su ruptura definitiva con el duhaldismo debió reforzarla combinando, una vez más, coerción con el gerenciamiento de lo que le aun le quedaba de las políticas sociales focalizadas. La declinación de su antiguo adversario de la política comunal y su derrota a manos de su heredero político a nivel nacional le ofrecieron la posibilidad no solo de preservar su bastión sino también de proyectarlo incluso mucho más allá de “Nueva Fiorito”.

#### BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- MERKLEN, Denis; Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática argentina, 1983-2003. Buenos Aires. Editorial Gorla, 2005.
- LEVITSKY, Steven; La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista. 1983-1999. Buenos Aires. Siglo XXI Editora iberoamericana, 2005.
- SVAMPA, Maristella y PERYRA, Sebastián; Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteros. Editorial Biblos, 2003.
- AUYERO, Javier; La política de los pobres. Las prácticas del clientelismo del peronismo. Buenos Aires. Cuadernos Argentinos Manantial, 2001.
- FREDERIC, Sabina; Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el Gran Buenos Aires. Buenos Aires. Editorial Prometeo, 2004.
- FREDERIC, Sabina; Centralización política y “reconocimiento”: paradojas de la “descentralización” en la gestión urbana de Buenos Aires. En ESCOBAR, Marcelo et al, Federalismo y descentralización en grandes ciudades. Buenos Aires en perspectiva comparada. Buenos Aires. Ed. Prometeo, 2006.
- CHIARA, Magdalena y DI VIRGILIO, María Mercedes; Gestión y municipios. De los escritorios del Banco Mundial a los barrios del Gran Buenos Aires. Buenos Aires. Edit. Prometeo, 2006.
- TWAYTES REY, Mabel y LOPEZ, Andrea, Entre tecnócratas globalizadores y políticos clientelistas. Derrotero del ajuste neoliberal en el Estado argentino. Buenos Aires. Editorial Prometeo, 2005
- ANDRENACCI, Luciano; Cuestión social y política en el Gran Buenos Aires. Buenos Aires. Ediciones Al Morgen – Universidad Nacional de General Sarmiento, 2002
- ALONSO, Luis Alberto; La crisis argentina. Una mirada al siglo XX. Buenos Aires. Siglo XXI Editores, 2003.
- GONZALEZ BOMBAL, Inés; Respuestas de la sociedad civil a la emergencia social. Buenos Aires. CEDES, 2003
- MARSHALL T.H. y BOTTOMORE, Tom; Ciudadanía y clase social. Buenos Aires. Buenos Aires. Edit. Losada, 2005

TWAITES REY, Mabel; La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción. Buenos Aires. Editorial Prometeo, 2004.

KESSLER, Gabriel; Sociología del delito “amateur”. Buenos Aires. Paidós Temas sociales, 2004.

BELARDI, Marta y DE PAULA, Aldo; Villas Miseria: origen, erradicación y respuestas populares. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina, 1986.

GUTIERREZ, Juan E.; La fuerza histórica de los villeros. Buenos Aires. Jorge Baudino Ediciones, 1999.

IRIARTE, Alicia; La Argentina fragmentada.. Aspectos de la nueva cuestión social. Buenos Aires. Proyecto Editorial, 2003

CUENYA, Beatriz, FIDEL, Carlos y HERZER, Hilda; Fragmentos sociales. Problemas urbanos de la Argentina. Buenos Aires. Siglo XXI Editores, 2004.

RATIER, Hugo; Villeros y Villas Miseria. Buenos Aires. CEAL, 1973.